

# Revista de Libros

EL MERCURIO

Nº 206  
11 DE ABRIL 93

Lo Mejor de  
Ana María del Río  
por Ana María Larrain  
(pág. 2)

Testimonio de  
la Creación  
por Rosario  
Guzmán Errázuriz  
(pág. 8)



C. S. Lewis, autor del libro  
Cautivado por la Alegría

La Conversión de C. S. Lewis  
Crítica de Ignacio Valente al libro  
Cautivado por la Alegría, de C. S.  
Lewis (pág. 5)



Ana María del Río: "Escribí de la infancia. Para mí, esa etapa fue como la de tantas personas chilenas de una burguesía media".

## Ana María del Río: "La Escritura Es Una Obsesión, Una Porfía Y un Virus"

por María Teresa Cárdenas

Con su cuarta novela lista para ser publicada por Editorial Planeta y una quinta en preparación, Ana María del Río continúa asentándose en el universo de las letras. Varios premios ya han respaldado su carrera; entre ellos, el de las «Letras de Oro», que obtuvo en Estados Unidos por el libro «Tiempo que ladra».

**L**UCE distinta Ana María del Río. El pelo largo y ondulado que le conocimos hace dos años, cuando fue entrevistada por primera vez en estas páginas, se ha transformado en una corta melena que le dulcifica la cara y que, en alguna medida, evoca a la protagonista de su novela *Tiempo que ladra*. A medida que avanza la conversación, la identidad entre la escritora y esa niña sensible, solitaria, inquisitiva y de imaginación privilegiada, va convirtiéndose en un hecho. Aunque dice no compartir el espíritu rebelde de algunos de sus personajes, la sutil ironía de sus textos y de sus palabras hace pensar lo contrario.

Típica chilena de familia burguesa, Ana María del Río (44) creció inmersa en los valores y costumbres tradicionales de esta sociedad, de donde ha extraído buena parte de su material literario. Tras cinco años en Estados Unidos, país en que obtuvo un master en literatura hispanoamericana en la Universidad de Rice (Houston), trabajó como académica, e inició un doctorado en la Universidad de Pittsburgh, decidió volver con su familia a Chile. En Arica, donde vive desde hace dos años con su marido y sus tres hijos, dispone del tiempo y la tranquilidad para crear. Sus inquietudes pedagógicas, en tanto, las ha encauzado, hasta ahora, en los talleres de narrativa que realiza en el área de extensión de la Universidad de Tarapacá.

—¿Cuál fue su experiencia al llegar a Chile después de estudiar y trabajar en Estados Unidos?

—Volver fue difícil. Le ha costado mucho a la Universidad de Tarapacá aceptar que mis clases en la Universidad de Pittsburgh y Houston eran válidas (con ironía). He tenido que presentar hartos papeles y decir ¡hei, hice clases, tengo experiencia académica! Yo esperé que las puertas estuvieran más abiertas y no lo han estado. Pero le echo la culpa a que Arica está todavía un poco dormida y hace falta despertarla, como cualquier otra región apartada del planeta. No es algo personal, creo que es el ambiente.

"Lo peor que le puede pasar a un escritor es quedarse sin lugar de identidad"

—¿Por qué tomó la decisión de volver?

—Me di cuenta de varias cosas. Primero, de que tenía lipiria de seguir en una civilización tan difícil. Con respecto a la creación literaria, estaba dando vuelta en banda, me estaba poniendo nostálgica, recordando un tiempo que ya no existía. Y eso me dio mucho susto. Mis hijos y mi

(Continúa en la página 4)

marido tampoco lo estaban pasando bien. Seguir en Estados Unidos no era gratis, había una extremada cerrazón con respecto a lo latinoamericano por la recesión y la guerra, y se pusieron muy difíciles las condiciones para los becarios. Se unieron todas estas cosas y de repente dijimos “nos vamos”.

—Usted escribió dos novelas en Estados Unidos y ambas obtuvieron premios. ¿Podría decir, entonces, que ese fue un ambiente propicio para la creación?

—Mira, Amalia (De golpe, Amalia en el umbral, «Premio de Novela Andrés Bello» 1990) fue realmente una obsesión de no olvidarse de lo propio, porque si vieras la cantidad de gente que pulula allá siendo de ninguna parte. Creo que eso es lo peor que le puede pasar a un escritor: quedarse sin lugar de identidad, sin lugar de raíces o de recuerdo. Y empecé a tratar de escribir de Chile, eran los años duros y yo no había asistido a todos esos hechos. Entonces pensé ¿cómo puedo hablar? De la única manera es con la fantasía. Y la apliqué indiscriminadamente. Amalia es una familia que por diversas circunstancias no se atreve a salir de la casa, que era un poco como se veía a Chile en ese tiempo: una casa sin puerta de salida y con gente adentro.

## “Me interesaba escribir cosas ya digeridas”

—En las dos novelas aparece el conflicto político y el golpe de Estado como desenlace. ¿Esa era su forma de tener a Chile presente?

—Yo tenía que escribir sobre Chile, y no porque en ese momento no pudiera hacer nada testimonial iba a escribir fuera de la experiencia que estaba viviendo el país. Los personajes de Amalia han pasado toda la vida tratando de enfrentar el mundo de afuera y eligen para salir ese día, casi tanto más absurdo y mágico que todo el tiempo que han vivido adentro. No hay gente en las calles, hay tanques, los perros corren despavoridos, se oyen ruidos que nadie sabe de dónde vienen, hay prohibición de salir. En fin, se topan con un mundo no real.

—En sus libros aparecen algunos temas recurrentes, de cuya importancia me gustaría que me hablara. Por ejemplo, la infancia.

—Pasé mucho tiempo haciendo cuentos sobre cualquier cosa, hasta que un día un amigo me dijo “bueno, escribes siempre de los otros y nunca de ti, ¿qué pasa contigo?”. Tomé la piedra y empecé a investigar. Me costó bastante y fueron saliendo cosas que, por casualidad, se remontaban a mi niñez. Encontré que era mucho más posible escribir de la infancia, porque lo que me interesaba era hacer cosas ya digeridas. Para mí, esa etapa fue como la de tantas otras personas chilenas de una burquesía media. Esta mediana tiene a veces subterráneos y abismos insospechados, y realmente fui tratando de hincarle el diente a esas cosas.

—¿Qué me puede decir del despertar sexual?

—Este tema era importante. Creo que fue muy intenso y que eso tiene una relación directa con la familia normal o normalizada o “comme il faut”. Personalmente, creo que el despertar sexual de los niños es tanto más violento cuanto más suave el exterior. A nosotros, los primos, nos cuidaban con la vieja institución de las mamás, pero en realidad hasta por ahí no más llegaban ellas. Había una vida secreta por debajo, intensísima, muy fuerte... y que no se olvida. No se anda recordando cada dos minutos, pero cuando te pones a recordar la infancia, sale.

## “Soy muy cobarde y muy miedosa”

—Me imagino que eso tiene relación con el concepto de culpa.

—Claro. Creo que justamente está relacionado con esta educación que hemos recibido los chilenos de una clase media, que ha sido muy cuidadosa de la delimitación de las culpas. Se tenía el concepto de que las cosas en abstracto estaban muy bien y que el hombre era el que las ensuciaba con su uso. Todo eso va conformando una especie de racimo de culpas por el cual uno tiene que moverse como pisando

huevos. No se atreve a hacer nada porque a lo mejor está mal; duda, es indecisa, temerosa. Y están los otros caracteres, los que se lanzan, pisan todo el racimo... Yo no soy así, soy muy cobarde y muy miedosa. Pero me interesa ver hasta qué punto uno está encerrado en piezas de culpa, de las cuales es realmente difícil salir.

—En sus libros también está presente la familia extendida, con abuelos, primos, etc.

—La familia del papá era pequeña y se mantenía más alejada, incluso hay primos que no conozco. Por parte de la mamá éramos más achoclonados, nos gustaba pasar juntos el verano. Éramos muchísimos primos y, por supuesto, existía la intención de los grandes de embutirle los niños a alguien y pasar las vacaciones en otro lado. A veces mi mamá era la santa que se quedaba cuidándonos, a veces otra tía. Siempre hubo opinión de todos para tratar un problema, se dilucidaban cosas en los almuerzos de los domingos.

—La nostalgia por ese mundo proviene de los sentimientos experimentados en Estados Unidos?

—Claro, pero yo no quería que se me transformara en la nostalgia del exiliado, de empanadas, cordillera y gente tan linda. Chile es infinitamente más grande que eso. Entonces me di cuenta de que al permanecer lejos uno tiende a reducir la nostalgia y a enfocarla en cosas muy arquetípicas, muy absurdas a veces, como un alimento o una tarjeta postal o un ramo de copihues. Uno pasa a ser como el turista de su propia patria. ¡Y yo no quería que me pasara eso!

## “No sé si la escritura es un yugo o una espada de libertad”

—¿Qué origen tienen los seres marginales que aparecen en su libros?

—Ellos son para mí los seres mágicos, con los cuales es posible crear cambios, hacer surgir cosas, lo que a veces con los seres estratificados y con muchas reglas de conducta no ocurre. Por eso que Amalia irrumpe de repente con toda su sexualidad, bastante desordenada, pero también con posibilidad de llegar al fondo de la situación. Realmente, a veces me produce mucha... si te dijera envidia sería muy tonta, porque yo sé que las privaciones son feroces... pero, de alguna manera, me produce envidia su libertad.

—En alguna oportunidad usted señaló que su género era el cuento. Sin embargo, se ha dedicado más a la novela.

—Sí, dije que era el género que me quedaba más cómodo, pero ahora estoy escribiendo unos cuentos hipertrofiados con miles y miles de vueltas. Si en este momento me hicieran definirme, yo creo que sería una escritora de «nouvelle».

—¿Sigue concibiendo la escritura como algo no profesional?

—Absolutamente. Creo que alguien lo dijo antes, y si es así, lo cito: la escritura no es una profesión, es una obsesión. Una porfía y un virus que a veces es bueno no tenerlo tanto, pero evidentemente no está relacionada con una vida profesional.

—¿Por qué es bueno no tenerlo tanto?

—Creo que para vivir más en paz, porque automáticamente, apenas tú terminas de escribir un libro, no tienes ni un minuto de descanso. Me acuerdo de la película «Barton Fink», en que el personaje termina su novela y va a bailar. Exactamente es eso, es una noche de bailar, desatarse, ¡ah, qué rico, terminé! Y después, vuelta de nuevo: sí, pero en realidad podría escribir de esto... No sé si será un yugo o una espada de libertad, pero de alguna manera funciona así, muy fuerte.

—¿Se reconoce ahora en lo que escribe?

—En este momento, sí. Pero eso no quiere decir que sea autobiográfico. Por ejemplo, ahora estoy haciendo una novela que me entretiene mucho, en la que el narrador es una voz de vieja chismosa que habla por teléfono con otra. Es la novela con la que más me he reído, cumpliendo el mandamiento de Cortázar, que para escribir hay que pasarlo bien.

## “Hoy día la mujer tiene que escribir de una manera galopante”

—¿Qué pasa con las cosas que ha es-

“Si en este momento me hicieran definirme, yo creo que sería una escritora de «nouvelle»”



“Mi padre era suficientemente mágico como para llevarme a tomar helados lloviendo a la Avenida Perú”

FOTOGRAFÍAS ROMERO MONSALVES



Ana María del Río: “Yo nunca he leído un libro mío cuando ya está listo. Me da terror”

crita antes, se reconoce en ellas, más que como personaje, como autora?

—Bueno, ahí tocaste un punto difícil. Yo nunca he leído un libro mío cuando ya está listo, editado, con tapas; me da terror, y no lo pienso hacer. Con la excepción de Tiempo que ladra. Este es el único libro que he rayado, y así se lo mandé a varias editoriales por si querían reeditar. Pero, en general, me da miedo, el libro ya existe, se largó. Eso está relacionado con la manera galopante en que tiene que escribir la mujer hoy día en Chile. Esa urgencia tan espantosa da mucho apuro, pero con el apuro da miedo volver atrás.

—Usted no se define como una persona rebelde, ¿de quién es entonces la rebeldía e ingenuidad de la niña-narradora de Tiempo que ladra?

—Es la voz de una niña que recibe el mundo como se lo explican los mayores. Un mundo en que no hay conflictos. Pero como ese mundo va siendo cada vez más complicado, porque vienen los cambios obvios de la contemporaneidad, es muy difícil explicárselo a una niña, que es horrorosamente preguntona y mezcladora de información. Entonces, va recibiendo un pulré, que da cuenta de esta complejidad del

mundo contemporáneo. Aunque ella no lo entiende, le son dadas varias voces que no es capaz de jerarquizar todavía, y entonces pone todo al mismo nivel.

—¿De dónde extrajo los elementos para crear este personaje que refleja tan bien las confusiones y temores que despertó en la infancia el mundo de los adultos?

—A esa niña la saqué de varias partes. Obviamente, de mí; es una voz mía cuando chica, pero eso no quiere decir que sean mis experiencias. Mis sentimientos cuando niña, sí. Con respecto al suéter de la novela, lo fui tomando más de familias que me había tocado conocer. Trabajé bastante tiempo en un jardín infantil, y el modo como los niños te cuentan una cosa es realmente genial. Un día llegó una niña muy enojada; le pregunté por qué estaba así, y me dijo: “Mira, porque la mamá perdió un niño”. Ella creía que por culpa del desorden de su mamá no iban a tener ese hermanito. Esos equívocos, esos malentendidos, son los que yo he explotado.

—¿Es autobiográfica la imagen del padre que aparece en esa novela?

—Ese es mi padre, sí. El era suficientemente mágico como para llevarme a to-

mar helados lloviendo a la Avenida Perú en Viña. Sí, sí... (emocionada) Hay padres maravillosos, realmente.

## “Pongo la palabra «escritura» sobre «escritura de mujer»”

—En Chile está dando mucho que hablar la solidez de una literatura de mujeres. ¿Reconoce en su trabajo algunos rasgos distintivos respecto de lo que escriben los hombres?

—Sí, toda mi escritura es una escritura de mujer. Pero pongo la palabra “escritura” sobre “escritura de mujer”. Obviamente, mi útero, mi rouge, mi peinado me hacen plantearme como mujer también en el lápiz.

—¿...? —(Casi como una confesión) Escribo a lápiz, todavía, para mal de mis pecados. Horror. Me demoro muchísimo. Pero lloré demasiado en Estados Unidos cuando se me borraron 500 páginas de trabajo en computador. Y decidí que en lo que a creación

literaria se respecta, voy a usar papelito y una lapicera.

—¿Qué idea tiene usted del trabajo que están haciendo las mujeres en literatura?

—Me gusta mucho la voz que ha salido de las escrituras de los trípticos, de los talleres, novelas que no son ni siquiera conocidas o muy poco. Cosas que están todavía bajo una superficie y que van a surgir, pero después, cuando tengamos más tiempo para ver el bosque. Hay voces muy buenas, incluso algunas bastante desacralizadoras, desmitificantes, pero que al mismo tiempo proponen cosas nuevas. Y con mucha ternura serpenteando por una exterior dureza. Eso es lo mejor, la ambivalencia: ternura-dureza, decisión-miedo.

—¿Usted se siente parte de este grupo, a pesar de haber escrito dos novelas en Estados Unidos?

—Absolutamente. El día que puse el pie en Pudahuel me integré de inmediato. Hay pilares que congregan, por supuesto, como Pia Barros. Eso es muy importante, porque las mujeres deben congregarse, no para escribir, creo que ese ejercicio sigue siendo solitario, sino para que se oiga un poquito más la voz.